

Departamento de Asia y el Pacífico

Corea. Una Historia. Un desafío.

Por Luciano Lanare (CECOR-UNLP)

¿Qué es la Historia? Preguntaba, hace tiempo- Edward H. Carr. A lo que podríamos agregar; ¿Qué hay tras esa masa ingente de memoria colectiva, de escritos infinitos y de millares de imágenes que se mezclan y se entrelazan en un océano perpetuo y, que las más de las veces, se presenta como un anacronismo atemporal para la mayoría de las personas?

Intentemos la respuesta que sea, nunca debe faltarnos una sentencia: La Historia es Ciencia.

Ese maremágnum de hechos, fechas y nombres que parecen ser llamados al desgobierno y, en el peor de los casos, a las tinieblas de la memoria, sólo puede cobrar valor, brillo y utilidad a través de la ciencia histórica. Aquí, no obstante, surge otra interpelación capital; ¿Qué se entiende por ciencia histórica? Nos podrían responder que significa la acumulación y exposición ordenada de los acontecimientos históricos con los cuales se trata de recordar nuestra genealogía existencial. Pero esta respuesta no debe (o no debería) satisfacer a un historiador concienzudo del siglo XXI. No podríamos aceptar que la Historia es el mero "ordenamiento" de los hechos impresos en pulposos y ostentosos libros. No deberíamos dejarnos encantar por ese arcaico espejismo que nos impulsa a creer que cuanto mayor sea el volumen de una obra más "Historia" contiene el mismo. Por el contrario, cuando hablamos de ciencia histórica debería significar la aplicación de una rígida investigación teórica que sólo puede fundarse en el uso de herramientas metodológicas que nos permitan comprender y analizar críticamente los hechos históricos que abordemos. Entonces, no se trata de cantidad sino de calidad en el proceso de investigación –con lo cual- la metodología, se convierte en la piedra angular de ciencia histórica.

Somos concientes, por otro lado, que la Historia ha servido muchas veces a fines no santo. La utilización como herramienta de propaganda o como mero instrumento de la manipulación política se fue acrecentando a los largo de los siglos XIX y XX. La Historia parecía transformarse en un arma de distorsión masiva que daba sus servicios a unos y a

otros, garantizando un respaldo a empresas nacionalistas, chovinistas y neocolonialista que florecían por doquier alrededor del mundo. Sobre todo la Historia manipulada fue (y en gran medida es) uno de los elementos centrales en la constitución de los estados-nacionales de la modernidad. Cuanto más oscura y mítica se tornaba la Historia de un país, más fortalecidos y sólidos parecían emerger los orgullos de pertenencia y reivindicación de las nacionalidades. Y bien se demostró que estas manipulaciones de la Historia no eran inofensivas e inocuas. Centenares de guerras y conflictos han regado de sangre esas páginas de falsa Historia.

Con todo, lo dicho, nos plantea un desafío -hacia futuro- no menor. Elegir, qué Historia se quiere hacer, a quién se buscará beneficiar con dicha Historia y qué objetivo se indagará con la investigación y la difusión histórica, estas cuestiones representarán los ejes-problemas fundamentales del historiador comprometido con la Historia ciencia.

A su vez, dichos ejes-problemas se potencian, aún más, cuando intentamos abordar el campo histórico de culturas que nos resultan ajenas a nuestra cosmovisión occidental. En este caso, queda claro, que los primeros pasos resultarán cruciales, ya que de ellos dependerá el fruto de nuestro esfuerzo. Podremos así, quedarnos atrancados por los torrentes de datos y elementos "exóticos" que fluyen de estas culturas. Escribir y resaltar lo extraño, lo anecdótico y lo "raro" será un ejercicio gracioso, y hasta divertido, pero no dejará nunca de ser un mero espejismo superficial que redundará en el desperdicio de tiempo y energía. Lo opuesto, y seguramente más tedioso y menos agradable, será avanzar lenta y sólidamente en el conocimiento de estas culturas. Evitando -lo máximo posible- cegarnos con las comparaciones simplistas y mecánicas que pueden presentarse como soluciones mágicas a nuestras investigaciones. Debemos ser pacientes en el camino de la construcción del saber, no dejándonos llevar por la vorágine posmodernista de lo inmediato y teniendo en cuenta que lo que verdaderamente perdura es el conocimiento sólido y probado con metodologías y teorías pertinentes.

En nuestro caso, hemos emprendido años atrás la investigación de la cultura, la historia, la sociedad y la política de la península coreana. Tratando, y muchas veces luchando contra molinos de viento, de incorporar a nuestra universidad una visión enriquecedora de la Historia, progresando hacia campos de la disciplina que fueron hechos a un lado, ignorados o, simplemente despreciados por su lejanía espacial y teórica.

Como hemos dicho, párrafos arriba, los primeros pasos son cruciales. Y en este sentido, la cuestión metodológica con la cual bosquejemos la investigación representará la solides, o

no, de los resultados obtenidos. En consonancia, debemos indagar sobre que aspectos de la metodología clásica nos permitirán incorporar los elementos de estudio en cuestión. No se trata de hallar la cuadratura del círculo sino de comprender -en base a las herramientas que poseemos- aspectos que pueden resultar de la investigación sobre dicha cultura. Para el caso en que no podamos enmarcar los sujetos o los elementos de estudio en categorías que nos son familiares, deberemos con paciencia tratar de aproximarnos -lo más posible- a su comprensión. Y, si aún no lo lográramos, podremos esbozar una sincera ignorancia de la cuestión, la cual es muchísimo más loable que la teorización falaz y fútil que se pretende como omnipresente.

Para el caso de los estudios coreanos, la empresa es harto complicada. No obstante, la experiencia y la sensación de la investigación y la paulatina comprensión de muchos de los aspectos que componen esa maravillosa cultura nos da la gratitud invaluable de saber que estamos construyendo -muy humildemente- algo nuevo y duradero.